



IDICSO

Instituto de Investigación en Ciencias Sociales

Universidad del Salvador

ÁREA DE ONGs Y POLÍTICAS PÚBLICAS

© IDICSO.

Serie de Documentos N° 20

Julio de 2007

EL DESEMPLEO QUE NOS QUEDA

Autor: Horacio Chitarroni

<http://www.salvador.edu.ar/csoc/idicso/>

Hipólito Yrigoyen 2441 – C1089AAU Ciudad de Buenos Aires – República Argentina

V JORNADAS DE INVESTIGACIÓN DEL IDICSO

AREA: POBLACIÓN Y EMPLEO

Autor: Horacio Chitarroni*

EL DESEMPLEO QUE NOS QUEDA

Introducción

Desde el pico histórico alcanzado tras la crisis de la convertibilidad, cuando sobrepasó el 21% en las principales áreas urbanas de la Argentina, el desempleo comenzó a descender. Primero, lo hizo de resultados de la implementación del Plan Jefas y Jefes de Hogar, pero a poco andar –en especial a partir de la segunda mitad de 2003– la mejoría aceleró el paso de la mano de la entonces incipiente recuperación económica. Al afirmarse el rumbo ascendente de la economía –por momentos con una muy elevada flexibilidad empleo/producto¹– la tasa de desocupación cayó a la mitad en el espacio de cuatro años.

Esta performance del mercado de trabajo resultó muy superior a la mayoría de los pronósticos –aun los más optimistas– formulados en aquel momento y colocó a la Argentina en una posición no tan lejana, en cuanto a la magnitud del desempleo, a la de algunos países europeos, como Francia o España. De modo que el eje del análisis pasó a situarse más en la calidad del empleo que en el desempleo mismo.

1° sem 03	2° sem 03	1° sem 04	2° sem 04	1° sem 05	2° sem 05	1° sem 06	2° sem 06
19,1	15,4	14,6	12,6	12,5	10,6	10,9	9,5

Fuente: EPH-INDEC

El último guarismo oficial al momento de escribir este documento, correspondiente al segundo trimestre de 2007, ubica la tasa de desempleo en 8,5%. Ello ha sucedido en el contexto de una persistente reducción del peso de los planes de empleo –que apenas excedían del 2% de los ocupados totales en la segunda mitad de 2006– y con una tasa de actividad record a esa misma fecha.

Sin embargo, una desocupación en torno a 9% de la fuerza de trabajo disponible es, todavía, elevada en relación con la que podría suponerse deseable para el país, en vista de su desempeño histórico². Ello instala una discusión en torno al desempleo actual: ¿puede continuar reduciéndose, aunque más no sea a un ritmo inferior al seguido hasta el momento?

¿O, por el contrario, ha alcanzado una cota difícil de sobrepasar? Detrás de estos interrogantes subyace la hipótesis acerca de la eventual existencia de un núcleo

* IDICSO/USAL. SIEMPRO.

¹ Entre los primeros trimestres de 2006 y 2007 el empleo creció 0,60 por cada punto de incremento del PBI.

² En la primera mitad de los años setenta, cuando comenzó a aplicarse la Encuesta Permanente de Hogares, el desempleo del Gran Buenos Aires se situaba por debajo de 5%, guarismo recién superado a comienzos de la década de los ochenta. Bien es cierto que con una tasa de actividad mucho más reducida que la actual.

duro de desempleo estructural, difícil de abatir. Incluso, se ha dicho que muchas firmas no pueden satisfacer ya sus necesidades de incorporación de trabajadores porque los que se encuentran desempleados no cuentan con las condiciones requeridas por los nuevos puestos disponibles.

Si así fuera, habría una asimetría o un desajuste entre las demandas del mercado de trabajo y la oferta de mano de obra disponible. Una parte, al menos, de esta última, sería difícilmente empleable o estaría destinada al desempleo estructural o de largo plazo, por constituir algo así como la *masa marginal* (Nun, 2001) que diera lugar a tantos debates teóricos en la última parte de la década del sesenta. Una fuerza de trabajo inutilizable, innecesaria desde el punto de vista del funcionamiento de la economía. Supernumeraria en los términos de Castel (1997).

Desde el Ministerio de Trabajo se ha desestimado esta interpretación: la mejoría del empleo habría alcanzado a todos los estratos de trabajadores y –si se mantienen aceptables tasas de crecimiento- no habría razones para suponer que el desempleo no siga su rumbo descendente. Inclusive, se ha señalado que más de la mitad del desempleo que queda corresponde a personas que pertenecen a hogares de los estratos medios de ingresos. Y que ponen condiciones a sus búsquedas porque cuentan, en sus familias, con otras fuentes de ingresos (MTESS, 2007). Desde esta visión, entonces, habría empleo para casi todos los quisieran trabajar y gran parte de la tasa de desempleo estaría determinada por un *salario de reserva* relativamente elevado. Tal vez *demasiado* elevado. Al mismo tiempo, no existiría obstáculo para que continuara reduciéndose la tasa de desempleo, a condición de que la economía mantuviera su desempeño favorable, aunque eventualmente lo hiciera a un ritmo más atenuado (Beccaria, 2005; Beccaria, Esquivel y Maurizio).

Sin embargo, es difícil negar que –aun frente a un comportamiento muy dinámico y positivo de la demanda de trabajo– las posibilidades de acceso al mismo son desiguales. Lo son de hecho en cuanto a la calidad de las posiciones a las que se puede acceder. Pero ¿lo son también en cuanto a probabilidades de superar el desempleo, independientemente del tipo de inserción laboral que pueda lograrse?

En otros términos, ¿se trata de un problema de insuficiente demanda destinado a seguir reduciéndose con un aumento sostenido de ella? ¿O se trata de un desajuste perdurable entre la demanda y la oferta de fuerza de trabajo, que conducirá a una persistente situación de demanda insatisfecha y oferta supernumeraria?

Este breve trabajo procura indagar en el perfil del desempleo remanente en las principales áreas urbanas de la Argentina, con la finalidad de aproximar algunas respuestas a estas interrogantes. Para ello se apela a la fuente habitual: la Encuesta Permanente de Hogares que lleva a cabo el INDEC.

Se emplea en este caso un panel de los segundos semestres 2005 y 2006 con el propósito de reconstruir parcialmente las trayectorias previas de quienes se encontraban desocupados en la segunda ventana de observación y tratar de distinguir diferentes situaciones al interior del desempleo. Asimismo, el panel permite apreciar las características de los desempleados que consiguen una ocupación entre ambas observaciones: esto último con el propósito de echar alguna luz acerca de las condiciones que sí habilitan el ingreso al mercado de trabajo.

Se procura establecer algunas distinciones internas al interior del desempleo, que permitan diferenciar el que tiene carácter friccional del más estructural, aceptando que el desempleo coyuntural –el atribuible a las fases contractivas del ciclo económico– debiera estar ausente por definición en un contexto de fuerte crecimiento de la economía y alta elasticidad empleo / producto, como lo es la presente.

¿Cuántos se van y cuántos se quedan?

Para empezar, ¿cuántos se van y cuántos se quedan? Y además, cuántos entran, pues aunque el movimiento principal es de salida del desempleo en el lapso estudiado, también hay quienes ingresan a él. Tanto, estos últimos, porque están buscando su primer trabajo y no lo han encontrado aún como por haber perdido el que tenían. El siguiente cuadro permite cuantificar estos movimientos:

Cuadro 1. Entradas y salidas al desempleo

		2° semestre 2006			
		Ocupado	Desocupado	Inactivo	Total
2° semestr e 2005	Ocupado	87,5	3,9	8,7	100,0
	Desocupado	47,8	25,9	26,3	100,0
	Inactivo	11,3	4,3	84,4	100,0
	Total	50,5	5,4	44,2	100,0

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

La tabla de rotación permite apreciar las situaciones de los mismos entrevistados en dos momentos de observación, de manera que se aprecian no solamente cambios en los *stocks* sino también en los flujos. Debe tenerse en cuenta, sin embargo, que no estamos observando la película en su totalidad, sino dos fotografías. No sabremos, en efecto, si alguien que aparecía desocupado en la primera observación y ocupado en la segunda transitó sin escalas entre estos dos estados, lo que implicaría haber buscado empleo sin interrupciones hasta encontrarlo. En todo caso, hasta lo más seguro es que haya interrumpido eventualmente sus búsquedas, pasando transitoriamente a la inactividad. O hasta podría ser que haya conseguido un trabajo, luego lo haya perdido, reanudado la búsqueda y obteniendo una segunda ocupación en el lapso que media entre ambas entrevistas. Pues un año es un período largo en términos de la vida laboral de los trabajadores más inestables y más débilmente vinculados al mercado.

La tabla muestra que, del total de desocupados en la segunda mitad de 2005, un año después tres cuartas partes (aproximadamente 4,5% de la población total) habían cambiado de situación: la mitad de ellos accediendo a una ocupación y una cuarta parte retirándose del mercado de trabajo: así, el desempleo desagotó abundantemente hacia el empleo, pero también por la exclusiva que conduce a la inactividad.

En cuanto respecta a los ingresos al desempleo, un 4% de los ocupados en la primera observación habían quedado cesantes en la segunda (representan aproximadamente 1,9% de la población total). Pero además, un porcentaje similar de los inactivos que se habían incorporado a la actividad económica no había obtenido un trabajo.

Estos movimientos habilitan algunas reflexiones. El desempleo se reduce, efectivamente ya que son más los que salen de esa situación que los que ingresan a ella. En principio, no son los nuevos desempleados los que más preocupación debieran suscitar: pues algunos de ellos han estado trabajando hasta ayer –lo que permitiría a priori suponer que podrán volver a hacerlo– en tanto que otros recién comienzan a intentarlo, lo que nos dejaría abrigar la esperanza de que lo logren a la brevedad. Mientras el paso del tiempo no demuestre lo contrario, estas previsiones optimistas están autorizadas.

En cambio, reclama mayor atención la situación de la mitad de los desempleados que permanecen en esa situación desde hace un año. ¿Permanecen en el desempleo porque el mercado no ofrece ninguna oportunidad para ellos? ¿Las condiciones que pueden ofertar no son las que requieren los puestos de trabajo disponibles? ¿O bien las remuneraciones que se les ofrecen están por debajo de su salario de reserva?

Otro foco de atención debiera ponerse en los hasta ayer desocupados que se han convertido en inactivos. ¿Por qué han dejado de participar en la actividad económica? Seguramente, en algunos casos se tratará simplemente de razones vegetativas: han llegado al término de sus vidas activas. Pero otros podrían ser retiros prematuros, las más de las veces motivados por el desaliento y la convicción de que no hay oportunidades adecuadas a sus pretensiones. O, mas probablemente, intermitencias en las búsquedas. Si así fuere, se trataría de desempleo encubierto.

Considerar estas situaciones puede conducir a una mirada algo diferente sobre el desempleo. ¿Cuántos de estos que permanecen desempleados u optan por no intentarlo más habrán estado poniendo condiciones a sus búsquedas porque sus situaciones lo permiten y cuántos, en cambio, no reúnen las condiciones para tener éxito en ellas?

Por fin, están los que cumplieron una trayectoria exitosa: buscaban una ocupación y la obtuvieron. ¿Cuáles son sus perfiles? ¿A qué tipos de puestos de trabajo acceden los nuevos ocupados?

El desempleo total como agregado

Al interior del desempleo, pues, podemos distinguir tres segmentos: los que permanecen en él desde hace al menos un año, los nuevos cesantes y los que se han incorporado a la actividad económica hace menos de un año.

Por separado, hemos de considerar un agregado adicional: los que transitan a la inactividad y, por sus características, puedan ser considerados como desempleados ocultos.

Cuadro 2. Los segmentos del desempleo

Proveniencia	%
Nuevos cesantes	34,9
Nuevos activos	36,3
Desempleados antiguos	28,8
Total	100,0

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

El desempleo se divide aproximadamente por tercios en estos tres segmentos.

Nuevos cesantes: los empleos perdidos

El cuadro que sigue muestra un conjunto de indicadores seleccionados que permiten delinear el perfil sociodemográfico de quienes pierden sus ocupaciones. En este caso, para facilitar la comparación, se muestran los mismos indicadores para el total de los ocupados.

Cuadro 3. Los nuevos cesantes: perfil sociodemográfico

Indicadores seleccionados (en %)	Nuevos cesantes	Total de ocupados*
Varones	60,5	57,1
Hasta 24 años	28,0	11,6
De 25 a 34 años	29,3	25,6
De 35 a 49 años	24,3	33,5
De 50 y más años	18,4	29,3
Jefes de hogar	39,7	52,0
Cónyuges	13,0	21,1
Hijos	41,6	22,1
Hasta secundaria incompleta	57,1	47,5
Superior completa	5,8	19,1
Quintiles 1 y 2	58,6	32,8

(*) se trata del total de los ocupados en la primera onda

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

Entre quienes pierden sus empleos aparece ligeramente aumentada la proporción de varones: son más de seis de cada diez, mientras que esa proporción es levemente menor entre los ocupados totales. En cambio, el perfil de los nuevos cesantes es notoriamente joven: los trabajadores de hasta 24 años alcanzan, entre los nuevos desocupados, una proporción 1,4 veces más elevada que entre los ocupados. A la inversa, los trabajadores adultos gozan de un coeficiente de preservación.

Aunque casi la mitad de los cesantes son jefes de hogar, ellos –como también sus cónyuges– aparecen con menor frecuencia en este grupo, en el que están notoriamente sobrerrepresentados los hijos, cuya proporción duplica la existente entre los ocupados totales. El no haber completado los estudios medios agrava el riesgo de perder el puesto de trabajo (en compensación, minimizan este riesgo los estudios superiores completos), así como la pertenencia a los estratos de ingresos más bajos.

¿Qué tipo de empleos pierden estos trabajadores? El cuadro siguiente muestra los principales atributos de los puestos de trabajo.

Cuadro 4. Los nuevos cesantes: características del empleo perdido

Indicadores seleccionados	Nuevos cesantes	Total de ocupados*
Cuenta propia no profesionales (%)	24,9	17,5
Asalariados no registrados (%)	34,8	16,5
Servicio doméstico (%)	10,0	7,1
Planes de empleo (%)	6,5	3,5
Asalariados registrados (%)	18,8	40,3
Industria (%)	12,2	14,2
Construcción (%)	19,0	7,9
Comercio (%)	19,9	20,3
Servicios a las empresas (%)	8,3	7,2
Ocupados en microfirmas (%)	62,5	45,7
Inestables (%)	29,7	6,8
No calificados (%)	36,8	23,9
Subocupados involuntarios (%)	28,7	14,0
Ingreso medio mensual (\$)	478	786

(*) se trata del total de los ocupados en la primera onda

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

Previsiblemente, entre los empleos perdidos predominan los vínculos débiles con el mercado de trabajo, confirmando la alta rotación existente en el segmento informal, cuyo peso contribuye a engrosar el desempleo. Más de tres cuartas partes se integran con cuentapropistas, asalariados no registrados, servicio doméstico y planes de empleo. (estas posiciones no alcanzan a 45% de la ocupación total). Otro tanto revela el peso de las microempresas. La inestabilidad manifiesta (changas, contratos de tiempo limitado) cuadruplica entre los empleos perdidos el peso que alcanza en el total de ocupados. Crece también el peso de los puestos no calificados y de jornada parcial involuntaria, con una remuneración que apenas supera el 60% del promedio general. La construcción asoma con un peso destacable entre las ramas expulsoras, lo cual se asocia naturalmente con las otras características enumeradas: bajas calificaciones, no registro, inestabilidad.

En síntesis, el trabajador cesante es, generalmente, un joven –más frecuentemente varón– con bajas credenciales educativas y perteneciente a los estratos de ingresos más modestos. La exposición a la pérdida del trabajo aumenta con el desempeño de tareas no calificadas e inestables (lo cual redundará), de dedicación parcial y en el sector informal, con remuneraciones sensiblemente inferiores al promedio. El desempleo, pues, se realimenta en buena medida con trabajadores cuyas características y experiencias parecerían condenarlos, en el mejor de los casos, a mantener lazos débiles con el mercado laboral.

Las primeras experiencias en el mundo del trabajo: los nuevos trabajadores

El segundo segmento del desempleo del que nos ocupamos es el conformado por los nuevos trabajadores: quienes ingresan al mundo del trabajo o se reincorporan a él tras un período de inactividad.

También en este caso se analizan sus perfiles y el grupo de comparación es, en esta ocasión, el integrado por los que, en el mismo período, culminaron favorablemente sus búsquedas: una cuarta parte de los desocupados que

buscaban un empleo en la segunda mitad de 2005 lo habían obtenido un año más tarde. Ello permitirá evaluar la probabilidad que asiste a los primeros de alcanzar igual éxito.

Cuadro 5. Los nuevos trabajadores: perfil sociodemográfico

Indicadores seleccionados (en %)	Nuevos trabajadores	Nuevos ocupados*
Varones	33,9	56,7
Hasta 24 años	57,1	33,2
De 25 a 34 años	12,5	27,3
De 35 a 49 años	15,1	19,7
De 50 y más años	15,4	19,8
Jefes de hogar	15,0	29,5
Cónyuges	21,0	15,4
Hijos	57,1	47,5
Hasta secundaria incompleta	49,3	52,4
Superior completa	6,2	7,9
Quintiles 1 y 2	71,2	69,2

(*) se trata de los que estando desocupados en la primera observación aparecían ocupados en la segunda onda del panel

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

La composición por sexo es el rasgo que más penaliza a los nuevos buscadores de empleo en relación con quienes han logrado una inserción laboral. En efecto, mientras que casi seis de cada diez de los que hallan empleo son varones, dos terceras partes de las nuevas búsquedas son protagonizadas por mujeres. La edad también traza una diferencia, aunque menor: casi seis de cada diez nuevos activos tiene hasta 24 años, en tanto que esa edad solo corresponde a un tercio de los nuevos ocupados.

En correspondencia con el perfil algo más maduro, los que buscan empleo por primera vez son predominantemente hijos que aun conviven con sus padres, mientras que hay más jefes entre los que encuentran trabajo. El perfil educativo no ofrece diferencias destacables: alrededor de la mitad no completó estudios de nivel medio en ambos grupos. No sería, pues, una limitación insalvable para conseguir una ocupación. Tampoco lo sería la pertenencia a los estratos de ingresos más modestos: siete de cada diez, en los dos grupos, proviene de ellos. En cambio, sí es una condición desfavorable el perfil predominantemente femenino.

Pero, ¿que empleos se consiguen?

Acceder a un empleo resultó más fácil para los varones jóvenes. Un desocupado de sexo masculino y de hasta 34 años, tiene una probabilidad 1,5 mayor que una mujer de 35 y más años de salir del desempleo. Los requisitos de educación no son demasiado exigentes: algo más de la mitad de los nuevos ocupados no habían culminado la educación media. Y –en línea con ello– también obtienen empleos los que provienen de los estratos más desfavorecidos. Pero ¿cómo son los trabajos a los que acceden los desocupados, cuando dejan de serlo?

Cuadro 6. Los nuevos ocupados: características de los empleos

Indicadores seleccionados	Nuevos ocupados *	Ocupados totales**
Cuenta propia no profesionales (%)	22,1	16,9
Asalariados no registrados (%)	32,8	17,4
Servicio doméstico (%)	14,3	7,8
Planes de empleo (%)	4,1	2,5
Asalariados registrados (%)	23,8	42,7
Industria (%)	17,5	14,2
Construcción (%)	13,9	8,7
Comercio (%)	18,9	19,9
Servicios a las empresas (%)	7,5	8,0
Ocupados en microfirms (%)	54,2	38,7
Inestables (%)	31,9	14,2
Subocupados involuntarios (%)	25,8	12,7
Ingreso medio mensual (\$)	533	964

(*) se trata de los que estando desocupados en la primera observación aparecían ocupados en la segunda onda del panel

(**) se trata de los ocupados totales de la segunda onda del panel

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

Una vez más, la puerta de entrada suele ser –para estos trabajadores jóvenes– una ocupación vulnerable. Al igual que en el caso de los empleos perdidos por los nuevos desocupados, casi tres cuartas partes de estos puestos de trabajo corresponden a actividades por cuenta propia no profesionales, posiciones asalariadas no registradas, servicio doméstico y programas de empleo. Menos de una quinta parte obtienen puestos asalariados registrados.

Las microempresas juegan –en la generación de nuevos puestos de trabajo– un papel más débil que en la expulsión. Pero en casi en un tercio de los casos se trata de vínculos laborales de duración limitada, establecidos por un término prefijado. Y más de la cuarta parte son de dedicación parcial. Las ramas más activas son la industria, el comercio y la construcción (en ese orden), que explican la mitad de las colocaciones. Las remuneraciones que se obtienen apenas superan la mitad de la media de los ocupados totales.

Queda la impresión de que el conducto por el cual se sale del desempleo es bastante semejante a aquel por el cual se ingresa al mismo. En este sentido –una vez más– la evidencia apuntaría en la dirección de un desempleo rotativo e intermitente, interrumpido por vinculaciones precarias con el mercado de trabajo. Los “buenos puestos de trabajo” no incorporarían desocupados sino que seleccionarían –preferentemente– personas ya ocupadas y con experiencias laborales de mayor valor.

Desocupados de larga duración: ¿estructurales?

El segmento más desafortunado del desempleo es el de los presuntos desocupados estructurales: los que se encontraban desempleados en las dos observaciones. Aunque no pueda afirmarse que permanecieron desocupados a lo

largo de un año, el haberlo estado en ambas ventanas de observación es un claro indicador de una mayor proclividad a tal situación.

En este caso, se analiza su perfil sociodemográfico y las características del último empleo (cuando lo tuvieron): en ambas oportunidades el grupo de comparación elegido es el de los que consumaron búsquedas exitosas: los desocupados en la primera observación que habían conseguido empleo en la segunda (a los que nos hemos referido en el punto precedente). El propósito de la comparación apunta a identificar aquellas características que mantienen persistentemente al margen del mercado laboral.

Cuadro 7. Desocupados de larga duración: perfil sociodemográfico

Indicadores seleccionados (en %)	Desocupados de larga duración	Nuevos ocupados*
Varones	53,1	56,7
Hasta 24 años	45,1	33,2
De 25 a 34 años	23,5	27,3
De 35 a 49 años	4,7	19,7
De 50 y más años	6,0	19,8
Jefes de hogar	19,5	29,5
Cónyuges	10,6	15,4
Hijos	63,1	47,5
Hasta secundaria incompleta	49,2	52,4
Superior completa	5,6	7,9
Quintiles 1 y 2	66,6	69,2
Con ocupación anterior	89,7	--

(*) se trata de los que estando desocupados en la primera observación aparecían ocupados en la segunda onda del panel

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

¿Cuáles son los estigmas que condenan al desempleo prolongado? En primer lugar, la edad: la proporción de jóvenes de hasta 24 años entre estos desocupados alcanza a casi la mitad y es un tercio más alta que entre los que consiguieron ocuparse.

En línea con ese perfil joven, más de seis de cada diez son hijos que habitan en el hogar paterno: esto último habilitaría la hipótesis de que estos jóvenes podrían prolongar voluntariamente sus búsquedas laborales, a la espera de condiciones más acordes con sus expectativas, eventualmente divorciadas de las que realmente ofrece el mercado. Se trataría de la hipótesis de las *aspiraciones incongruentes*, repetidamente mencionada por la literatura referida al tema del desempleo juvenil (Tokman, 2003; Lepore y Schleser, 2005).

Y los desocupados persistentes no tienen una desventaja apreciable, en cuanto a sus calificaciones educativas, si se los compara con los que sí consiguen un empleo: por el contrario, la proporción de los que no completaron el nivel medio es entre los primeros algo menor. Tampoco los diferencia en forma nítida su pertenencia de clase: más de dos tercios provienen de los estratos de ingresos bajos.

Por fin, nueve de cada diez declara alguna experiencia laboral previa: también ha sido señalado –a propósito del desempleo juvenil– que la mayor dificultad de los jóvenes no estriba en la imposibilidad de acceder al trabajo, sino en la inestabilidad de sus inserciones laborales, que los conduce frecuentemente a nutrir el desempleo (Lepore y Schleser, 2005).

¿De qué trabajaron?

Vale la pena indagar en el tipo de experiencia laboral que acreditaron los desempleados de larga duración. Las carreras laborales –sobre todo en sus primeros tramos– no siempre permiten una *acumulación* (Jacinto, 2007) capaz de incrementar la dotación de capital humano. El cuadro que sigue muestra algunos atributos del último empleo:

Cuadro 8. Desocupados de larga duración: características de la última ocupación

Indicadores seleccionados del último empleo	
Cuenta propia (%)	16,3
Asalariados no registrados (%)	73,4
Asalariados registrados (%)	8,1
Ocupados en microfirms (%)	73,9
Cese por despido/cierre (%)	19,6
Cese por fin de trabajo temporario (%)	56,7

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

El perfil de la última ocupación es inequívoco. Los que aparecen desempleados en ambas ondas no lo están por casualidad ni por propia determinación: no parece ser un salario de reserva excesivo, ni tampoco una demasía de expectativas lo que los mantiene en esa situación. Pues la mayor parte de ellos –nueve de cada diez– han tenido experiencias laborales a través de inserciones extremadamente precarias. En el 90% de los casos como cuentapropistas o asalariados no protegidos, generalmente en emprendimientos de mínimo tamaño. Y con una alta inestabilidad: la interrupción de esos empleos se ha debido a la finalización de un trabajo de carácter temporario en casi 60% de las oportunidades.

Por fin: ¿el desaliento?

El último grupo a considerar es la eventual faz oculta del desempleo: los desalentados. ¿Hay motivos para considerar que parte de los pasajes del desempleo a la inactividad son motivados por el desaliento y, en consecuencia, pueden considerarse como formas encubiertas de desempleo? El perfil sociodemográfico de quienes protagonizan estas transiciones provee pistas acerca de ello. En este caso, se los compara precisamente con los desocupados totales.

Cuadro 9. Los presuntos desalentados: perfil sociodemográfico

Indicadores seleccionados (en %)	Presuntos desalentados*	Total de desocupados**
Varones	37,9	48,7
Hasta 24 años	27,6	43,5
De 25 a 34 años	22,5	21,6
De 35 a 49 años	19,2	18,2
De 50 a 59 años	18,1	9,1
De 60 y más años	12,6	7,7
Jefes de hogar	24,9	24,9
Cónyuges	31,7	15,2
Hijos	36,6	53,4
Hasta secundaria incompleta	59,1	52,0
Superior completa	4,2	5,9
Quintiles 1 y 2	71,0	56,6
Con ocupación anterior	68,6	86,6

* Se trata de los que aparecían desempleados en la primera onda del panel y habían pasado a la inactividad en la segunda

** En la segunda onda del panel

Fuente: Elaboración propia, en base a EPH-INDEC (panel de 2° semestres 2005/2006)

Previsiblemente, más de seis de cada diez retiros de la actividad económica son protagonizados por mujeres, con un perfil de edades más envejecido que el del conjunto de los desocupados. No obstante, menos de 13% corresponden a las edades pasivas (aun con el límite menos restrictivo de los sesenta años): no se trataría, pues, de retiros naturales, por razones vegetativas. Una cuarta parte corresponden a jefes de hogar y casi un tercio a cónyuges. En el caso de los hijos que conviven con sus padres (casi 37% de estos retiros), el 85% no supera los 30 años de edad, pero más de 60% de ellos no asisten a la educación formal.

Las calificaciones educativas de estos desalentados son algo más bajas que las del conjunto de los desocupados y más de siete de cada diez pertenecen a hogares situados en los estratos de ingresos bajos. Una proporción apenas inferior registra alguna experiencia laboral.

El hecho de que se trate de personas concentradas en las edades activas, que incluyen una proporción significativa de jefes de hogar y que –en el caso de los jóvenes– ni siquiera aparezca el estudio como un motivo determinante de la inactividad, fortalece la hipótesis de que se trate de interrupciones transitorias, de intermitencias en las búsquedas laborales que encubren situaciones de desempleo.

Conclusiones

¿Qué nos sugieren los datos examinados en las páginas precedentes? Al examinar los distintos segmentos del desempleo, no puede evitarse la sensación de que estamos viendo una y otra vez la misma cosa. De que se trata de los fragmentos dispersos de un mismo fenómeno.

No se diferencian demasiado los desempleados que consiguen empleo de los que recién comienzan su búsqueda, como tampoco de los que la han prolongado por – al menos– un año sin tener éxito.

Se diría que un desempleado típico es un joven de modestas calificaciones educativas y proveniente de un hogar situado en los estratos de ingresos inferiores.

Asimismo, tanto los empleos que pierden los desocupados como los que generalmente obtienen cuando superan esa situación se caracterizan por su mala calidad, debilidad y desprotección.

Parecería, efectivamente, que el mundo del desempleo y el de los trabajos precarios e informales se conectan estrechamente y se realimentan mutuamente. Habría intermitencias entre el desempleo y estas ocupaciones de mala calidad, que parecen abarcar a una parte significativa de todos los segmentos que hemos distinguido al interior del desempleo.

Como una evidencia más de esta vinculación, téngase en cuenta que casi la mitad de los desempleados son jóvenes de hasta 24 años, que no representan más de 15% en la ocupación total. Y que, en cambio, el peso de este mismo grupo de edad alcanza a 28% entre los asalariados no registrados en la seguridad social y a 27% entre los trabajadores no calificados.

Así, no hay evidencias de que la reducción de la tasa de desempleo haya alcanzado un límite imposible de trascender. Pero sí parece que una parte significativa de esa reducción se logra a costa de la persistencia de posiciones laborales informales y precarias: ellas serían las que dan cabida a los desempleados en los períodos en que dejan de serlo y a su vez, debido a su carácter inestable, las que realimentan el desempleo por vía de la expulsión de quienes las ocupan en forma transitoria.

El desafío, pues, con una tasa de desempleo que continúa mostrando una tendencia descendente, consistiría en avanzar hacia una creciente formalización de las relaciones laborales que, al ganar en estabilidad, produciría unos efectos indirectos sobre la reducción de la tasa de desocupación.

Referencias bibliográficas

Beccaria, Luis (2005). “Empleo, educación y pobreza”. Entrevista publicada en Observatorio Social. <http://www.observatoriosocial.com.ar/fr-n3-2.html>

Beccaria, Luis, Valeria Esquivel y Roxana Maurizio (2007). Crisis y recuperación. Efectos sobre el mercado de trabajo y la distribución del ingreso”. Ponencia presentada en el V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo. ALAST. Abril de 2007. Montevideo, Uruguay.

Castel, Robert (1997), La metamorfosis de la cuestión social, Paidós, Buenos Aires.

Jacinto, Claudia (2007). "Políticas públicas, trayectorias y subjetividades en torno a la transición laboral de los jóvenes". Ponencia presentada al V Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo – ALAST- 18 al 20 de abril de 2007. Montevideo, Uruguay.

Lepore, Eduardo y Diego Schelezer (2005). *Diagnóstico del desempleo juvenil. Subsecretaría de Programación Técnica y estudios laborales*. Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

Ministerio de Trabajo (2007). "Resultados de la Encuesta Permanente de Hogares del primer trimestre de 2007". Dirección General de Estudios y Estadísticas Laborales. Subsecretaría de Programación Técnica y estudios Laborales. Buenos Aires, Junio 2007.

Nun, José (2001), *Marginalidad y exclusión social*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.

Tokman, Víctor (2003). *Desempleo juvenil en el Cono Sur. Causas, consecuencias y políticas*. Prosur. Opciones.